

ponía al respeto de todos, y, comprendiendo casi aquella necesidad de muerte para levantarse definitivamente de la tumba y recobrar su puesto en la historia, lo dejó partir, lo dejó morir. El Cristo de la Reforma, como la voz de los tribunos-poetas lo llamó entonces, obtuvo con su crucifixión el sobreseimiento de su causa. Márquez, el verdugo sin remordimiento, el verdugo inmortal, se había encargado de demostrar la vitalidad de la Reforma con un martirologio excelso.

☪ Me ha retenido esta figura fascinadora de Degollado, más que como historiador como psicólogo, iba á decir como artista; al reanudar estas fugaces narraciones, ya su acción aparente apenas se hace sentir; desde aquí, desde la posteridad la podemos medir mejor, pesar mejor, glorificar mejor.



☪ Cuando Degollado, enfermo del espíritu, prefería la paz en la Patria á la paz en su conciencia y enviaba al campamento reformista su extraño plan, en el sitio de Guadalajara, las formalidades de costumbre (intimaciones, entrevistas para llegar á arreglos imposibles) habían concluido y el cañón tenía la palabra. El sitio comenzado en los postreros días de Septiembre terminó de hecho al concluir Octubre. La defensa había sido habilísimamente preparada; para hacerse de recursos el general Castillo, hombre de ciencia y experiencia consumadas, no tuvo escrúpulo alguno, ni siquiera el de no despojar sistemáticamente los templos hasta dejar desnudas las imágenes: todo se vendía ó se acuñaba en la casa de moneda; si hubiera encontrado el medio de convertir al cabildo de Guadalajara en dinero, Castillo no habría vacilado. Con la feroz energía de los sectarios en las luchas de religión, combatió con un brío y tesón que parecían centuplicarse á medida que el asedio avanzaba y el cerco se hacía más estrecho. Sus tropas, que no llegaban á cinco mil hombres, ó eran de línea, avezadas á la estricta disciplina del combate, ó eran voluntarias como el heroico batallón Blancarte formado por los artesanos de la ciudad, que, profundamente fanatizados por el odio religioso á LOS PUROS (que en realidad eran en Guadalajara la aristocracia intelectual, la famosa FALANGE), preferían la muerte á la victoria de los ENEMIGOS DE CRISTO.

☪ De hecho, el joven fronterizo Zaragoza estaba al frente del ejército, porque González Ortega, peligrosamente enfermo, no podía poner en ejercicio sus facultades de general en jefe. Más peligroso era el estado de ánimo del popular caudillo; se acercaba bastante al de Degollado: González Ortega era un romántico, gustaba de la política sentimental que suele probar maravillosamente en las supremas crisis, pero que, convertida en sistema, es nuncio de reblandecimientos y decadencias. Y lo mismo en González Ortega que en Degollado, esto provenía de la terrible vibración de la guerra que ponía en conmoción todo lo que puede haber de instintos de piedad en los hombres bondadosos; era mucho, era demasiado, un pueblo se desangraba por ideas que apenas sentía... De ahí la facilidad con que el general en jefe reformista hacía concesiones á Castillo en la conferencia

que con él celebró, que dejaron estupefactos á los luchadores no románticos, sino realistas; éstos, que veían muy descarnada y precisa la realidad, pensaban que para hacer la paz era preciso sentenciar á muerte á la guerra. De este temple férreo eran Zaragoza, Ogazón, Valle. «Hagamos á un lado á Juárez, decía González Ortega; yo me comprometo á que este ilustre ciudadano renuncie.» ¿Pero quién reemplazaba á Juárez? El designado por la Constitución, decía González Ortega. ¡La Constitución no designaba á nadie! El caudillo reformista no la había leído probablemente, no conocía más que las leyes de Reforma. Afortunadamente, Castillo creyó que el sacrificio de Juárez no era bastante, y allí terminó todo y habló el cañón.

☪ Pero la alta prensa liberal tronó como el cañón, y en Morelia Justo Mendoza lanzó en su periódico una advertencia tan justa y tan severa á los que iban en busca de transacciones, que, á pesar del incesante rumor de la artillería, se oyó en Guadalajara.

☪ Veinte mil hombres y veinticinco piezas de artillería ceñían la ciudad con un ángulo de hierro y fuego. Hubo episodios pavorosos, otros heroicos; la población, enloquecida de dolor y de miedo, exhalaba un gran lamento dantesco. ¿Dónde estaba la trompeta del ángel, que no hacía oír en el cielo un BASTA YA? No había más trompetas que las de los batallones de Zaragoza; las de Castillo estaban mudas; cada noche se esperaba en vela el gran asalto, la muerte de la ciudad... Al cabo del mes vino el asalto; ya la defensa estaba quebrantada; las casas, con las horadaciones, las explosiones y el huracán de plomo que las acribillaba, parecían grandes esqueletos desmoronados. Era el momento. Márquez se acercaba con un ejército de auxilio. Zaragoza emprendió el asalto; en todas las fortificaciones conventuales, en todos los parapetos, en las calles, en las azoteas, en los fosos, dentro y fuera de las habitaciones, por donde quiera se combatió en interminable combate. Aquello empezó á espantar á los defensores, que sabían que se acercaba Márquez, que un día más podía ser su salvación, pero que sentían el aliento del dragón de acero que los estrangulaba y los trituraba... Duró la brega más de dos días; por fin los morteros de Ogazón funcionaron; las enormes esferas de hierro empezaron á surcar el cielo de la ciudad; el incendio, el derrumbe, el aplastamiento venían con ellas. A la segunda ó tercera bomba, la plaza tocó á parlamento...

☪ Ya era tiempo, Márquez estaba encima; Zaragoza propuso condiciones honrosas á los sitiados, que éstos se apresuraron á aceptar; no importaba que los intransigentes creyesen que aquellas concesiones eran excesivas; lo que importaba era inutilizar á Guadalajara paralizándola con la capitulación, é ir sobre Márquez. Esta fiera astuta sintió sobre sí á todo el ejército liberal; intentó ganar tiempo con parlamentos; Zaragoza fué inflexible. Márquez entonces abandonó su columna y huyó á mata caballo. Siete años después había de repetirse casi punto por punto esta misma historia; fué el epílogo del 2 de Abril de 1867.



El mes de Noviembre de 1860 se pasó en los preparativos del duelo supremo; se creía en la posibilidad de un sitio de Méjico, para dar lugar á la intervención pacificadora de los ministros extranjeros; aunque Miramón, cuando capturó en Toluca á la primera división del ejército constitucionalista y con ella á D. Santos Degollado, que, mientras se le abría proceso, andaba de acompañante del general Berriozábal, afirmó que en el equipaje del ex-generalísimo reformista había hallado todo un plan de ataque de Méjico, de puño y letra del encargado británico. Pero afrontar un sitio en Méjico, deshecho el cuerpo de Márquez y Castillo, que precisamente habrían debido reunirse en Guadalajara para reconcentrarse luego en la capital operando como ejército auxiliar, era una insensatez, era hacer sufrir inútilmente á la capital. Ni esto cuadraba con el carácter impetuoso de Miramón, amigo de jugar el todo por el todo; descendiente de hidalgos franceses y españoles, era jugador de raza.

Oficiales tenía; soldados, en el sentido militar del vocablo, pocos ya; los veteranos del ejército santanista que lo habían acompañado en Salamanca, Ahualulco, San Joaquín, La Estancia y en los dos sitios de Veracruz, habían regado su sangre y sus huesos desde las playas del Pacífico hasta las del Golfo. Muchos, siguiendo á sus jefes, habían desertado, porque la hora de las defecciones había sonado ya. Necesitaba soldados el dictador de Méjico y Puebla, necesitaba dinero por ende. En una casa inglesa y bajo el sello de la legación había un depósito de más de seiscientos mil pesos, destinados á los tenedores de bonos de nuestra deuda con Inglaterra. Nada más peligroso, más ocasionado á desastres nacionales mayúsculos que un conflicto con Inglaterra: esto no importaba. Miramón pensaba como alguna vez pensaron los reformistas en Veracruz cuando invocaron el auxilio americano contra la flotilla semi-española de Martín: primero es vivir. Además, la mala voluntad de los reactivos contra Inglaterra era manifiesta, y atropellar la legación, aprovechar el dinero y dejar á Juárez la responsabilidad pecuniaria del acto, era un buen plan, era diabólico. Obra siniestra, luego Márquez debía ejecutarla; Márquez la ejecutó. Y en este plan, á pesar del fin político, había un grave delito común, porque los reaccionarios no tenían ni remota esperanza de resarcir el dinero sustraído; lo contrario de lo que había pasado con la ocupación de la conducta en Laguna Seca: el gobierno liberal sí sabía que podía devolver el dinero. Pero tiempo hacía que el gobierno rector demostraba con sus actos que no creía en su duración. Un año antes del asalto á los fondos ingleses, el préstamo negociado por el Gobierno rector con la casa fallida de Jecker (que desde el tiempo de Comonfort hacía negocios bizcos con el Gobierno mejicano para el deslinde de terrenos de Sonora) y que, con el aparato de una emisión de bonos no llegó á un millón en efectivo, demostraba, por modo clarísimo, que se trataba de comprometer el porvenir, con la seguridad de que el porvenir estaría á cargo de otros.

El resultado fué que Miramón pudo salir con un ejército mandado por la flor y nata de la oficialidad reaccionaria al encuentro del ejército de González Ortega, dos veces superior en número, pero diez veces inferior en calidad, decían los conocedores. La verdad es que aquellas tropas reformistas estaban ya, en sus

núcleos orgánicos, terriblemente fogueadas y que, derrotadas casi siempre en 58 y 59, ya en 1860 habían aprendido á batirse en fuerza de hacerlo; las instrucciones de Uraga, de Leandro Valle, del general Álvarez que, recobrado de sus males, había vuelto á entrar en campaña cuando se aproximaba el acto final de aquel grandioso drama, seguidas con bastante escrupulosidad, según parece, en los campamentos que marcaban las etapas de la marcha de Guadalajara á Méjico, hacían capaz á la infantería de movimientos tácticos precisos que, ejecutados en el campo de batalla, podían transformar en minutos las condiciones de la lucha.

Sea lo que fuere, Miramón marchó derecho sobre su adversario; ésta era su estrategia y, respetando naturalmente las proporciones, era la del primer hombre de guerra del siglo pasado. Romper la unidad del adversario metiéndose inopinadamente en él como una bayoneta de acero en plena carne y plena sangre, era su táctica toda y á preparar esta situación convergía toda su estrategia, ya lo dijimos antes; pero lo que no sabía y en donde le hacía falta la genialidad que en Napoleón desbordaba, era en convertir una derrota en victoria, en sacar del descuido y la debilidad de los vencedores la sugestión de un triunfo. Esa fué su historia en Silao y Calpulalpam. Los oficiales facultativos como Valle, como Álvarez, presentaron á Zaragoza sus planes de guerra; el de Álvarez fué aceptado con modificaciones, y de los documentos que se han publicado resulta que fué muy acertado y previsor. González Ortega, que se había sobrepuesto ya á su tenaz enfermedad, llegó al campo de operaciones en vísperas casi del desenlace, lleno de deseos de batallar, de esa especie de entusiasmo de inspirado que se difundía en corrientes magnéticas en la tropa.

Si los excelentes generales que Miramón traía consigo, Márquez, Vélez, Cobos, hubieran logrado una victoria, ésta habría sido efímera. Surcando el país venían del Oriente, del Sur, del Norte masas de nuevos combatientes que habrían acabado por aplastar á la reacción en su nido. Después de la campaña de Oajaca, duramente laboriosa entre la derrota del coronel Ignacio Mejía en Teotitlán y la victoria de Las Sedas, que tuvo por consecuencia la toma de Oajaca en Agosto de ese año fatal á la reacción, los batallones oajaqueños, que ya no iban á salir del primer término de nuestra historia militar, venían á las órdenes de Ampudia á reforzar el ejército principal. En sus filas combatían los hermanos Porfirio y Félix Díaz; éste tuvo oportunidad de recoger algunos centenares de fugitivos de Calpulalpam.

La victoria fué completa; no quedaron más que grupos en fuga; uno de ellos estaba formado por los corifeos de la reacción. Algunos se eclipsaron, otros partieron en distintas direcciones á continuar la guerra civil. El joven PRESIDENTE del día anterior dejaba de serlo de un solo golpe; era, con ese título, el jefe de una fuerza militar; disuelta ésta, su caudillaje cesaba. Antes de partir lo puso en conocimiento de los ministros extranjeros, es decir, de D. Joaquín Francisco Pacheco, que hacía poco le había presentado sus credenciales con inaudita falta de cordura, y de M. Dubois de Saligny, que era el representante de Francia, llegado en esos días y que prudentemente se había reservado las suyas. En seguida diri-

gió una carta á Leandro Valle, su íntimo amigo de colegio, recomendándole á su familia, y se marchó; tornó á poco y al fin pudo hallar un escondite en Veracruz, en la casa española de VILLA HERMANOS; á principios de Enero logró embarcarse en un buque de guerra español. Con Miramón perdió la reacción su penacho y su yelmo caballeresco; después de él, se vuelve un cuerpo obscuro que se mueve en los vericuetos en que se asesina, y se cuelga, y se saquea, y se incendia, ó en los conciliábulos de ilusos en que se conspira, para disolverse al fin en la intervención francesa, cuyo primer acto político fué hacerla á un lado para siempre. Porque lo que murió en Querétaro no fué la reacción, no fué la tentativa de mantener clases privilegiadas é Iglesia católica dominante, sino el empeño imposible de amalgamar la Reforma con la monarquía. La reacción expiró en Calpulalpam. Luego vinieron los trabajos hercúleos de organizar la Reforma triunfante; lo que precipitó esta evolución fué la Intervención, fué el Imperio.

☞ Pasada la batalla, entró un gran anhelo de generosidad en el espíritu de González Ortega. Al día siguiente se le presentaron los dos ministros extranjeros antes mencionados, un oficial reaccionario de correctísimo porte y otro reformista, cautivo de los reactores á la sazón. Llevaban al vencedor una sugestión de perdón y de paz: LA AMNISTÍA. Se encerraron con el general en jefe, fueron muy elocuentes, acaso tenían razón; las amnistías suelen ser acertadísimos actos políticos cuando se ejecutan al siguiente día de una victoria. Parece, y es perfectamente creíble, que González Ortega estaba á punto de ceder: lo que sucedió inmediatamente después lo comprueba, Pacheco lo afirma. Los generales reformistas no estaban de acuerdo con el perdón; y ciertamente había hombres imperdonables, uno al menos. La sangrienta guerra había depositado una levadura de venganza, de rencor, de fe en el castigo, de fiebre de justicia inflexible en aquellos corazones, y eso producía una especie de necesidad de negar la amnistía; NO PERDONAR era el pan cotidiano de aquellas almas heridas; NO OLVIDAR (amnistía quiere decir olvido) era para quienes habían hecho la ruda campaña de los tres años una obligación sagrada.

☞ Haciendo á un lado la disciplina y el respeto, los generales se introdujeron al lugar donde se verificaban las conferencias é hicieron volver sobre sí al general en jefe; bastóles recordarle que el Gobierno había prohibido que se hicieran concesiones del género de la que proponían Pacheco y Saligny, y allí acabó todo... Pacheco encontraba en este acto de escasa disciplina, pero de enorme trascendencia, una coyuntura para maldecir de la democracia, con lo que decía un famoso disparate, porque no hay historia de aristocracia en que no abunden hechos de ese género.

☞ Pocos días después, entre vítores y aclamaciones sin fin, el sucio y descalzo ejército de la Reforma, sólo regularmente vestido en grupos contados, sólo uniformado y armado en regla en grupos bien escasos, hizo su entrada triunfal en

Méjico. El aire poblado de vivas, de notas musicales desmenuzadas por el incesante clamor de las campanas, se llenaba de flores, de ondulaciones de flámulas y banderas; la figura extraordinariamente simpática de González Ortega, su acción con Degollado (á quien había hecho bajar de un balcón para transferirle todos los honores que á él venían espontáneos, ardorosos, llenos de regocijo de parte de muchos, de inquietud, de congoja, de esperanza en la clemencia, en la bondad del joven caudillo de parte de los más), imanaba el espíritu de aquellas multitudes delirantes; él sabía decir las grandes frases sonoras que parecen orear como vientos frescos la sangre de los campos de batalla y cicatrizar heridas envenenadas por las bregas interminables y por los odios de ideas que son inexpiables.

☞ Ya estaban en Méjico presenciando aquella formidable expresión de inesperado entusiasmo algunos ministros venidos de Veracruz; Ocampo, con su cara lampiña, abierta por la sonrisa de los ojos y el pliegue un tanto irónico de los labios bondadosos y sensuales, era el más popular; Lerdo de Tejada, serio, frío, blanco como el papel, llena la mirada de inteligencia y previsión, menos querido, pero más respetado entre los reformistas que su colega y émulo Ocampo, habían precedido á Juárez.

☞ Por fin llegó éste; el entusiasmo con que fué saludado fué grande, no tanto como en el día de González Ortega; había en el entusiasmo más de oficial, de obligatorio. Algo lo cohibía; Juárez, con su impasible rostro obscuro, su mirada rarísima vez endulzada bajo las dos alas de cuervo de sus cejas densas, era un enigma para muchos; y no, no era un enigma, era la ley; para traducir en palabras la expresión de ese rostro no había más que abrir el código de la Reforma.

☞ — Sí, pero es un indio...

☞ — Pues porque es un indio — contestó el porvenir.